

Prólogo.....	7
Primera parte. El Priorato de Erill	
I.....	15
II.....	47
III.....	119
IV.....	157
Segunda parte. La Operación Herodes	
V.....	213
VI.....	235
VII.....	243
VIII.....	265
IX.....	277
X.....	305
XI.....	339
XII.....	361
XIII.....	385
XIV.....	409
Epílogo.....	441
Algunos versículos apócrifos de interés.....	449
Guía de personajes.....	451

PRÓLOGO

Últimos días de marzo de 2011 en el Christ Church College, Universidad de Oxford.

Nadie puede presagiar el horror que está a punto de suceder.

A través de amplios ventanales, un decidido sol se abre paso entre nubes e ilumina pasillos, como firme promesa de un brillante curso académico.

Un timbre resuena entre muros de piedra y corta el silencio, que de inmediato se enturbia con puertas que se abren, rumor de pasos y murmullos de conversaciones salpicadas por risas jóvenes de los alumnos, junto a andares no tan jóvenes de los profesores.

Es un día solemne y festivo.

Se encaminan en dirección al mismo destino: el Gran Salón, donde al atardecer tendrá lugar un encuentro con los consabidos discursos y, a continuación, una cena institucional.

Un hombre sobre una escalera de mano observa la escena. Trajina en una caja de registro eléctrico a la que ha desatornillado la tapa.

Pero ese trabajo no es necesario. Ni menos ahora.

Con dedos temblorosos ajusta y desajusta una y otra vez, de manera innecesaria, una rosca entre el cableado multicolor. Preso de una creciente tensión, suda en exceso y una mancha húmeda ha empezado a extenderse por la espalda de su mono gris de trabajo.

—Tranquilo, hermano, no nos apresuremos, aún no ha llegado el momento —le susurra casi intimidante otro que le sujeta la escalera y que, vestido de la misma guisa, ha detectado su creciente nerviosismo.

—Estoy tranquilo —masculla molesto—. Y no te preocupes, seré digno de la misión que se nos ha encomendado.

—No me cabe duda; hermano, nos debemos al sufrimiento en la sangrante tierra nuestra —trata de serenarlo mientras le tiende herramientas innecesarias desde dos cajas metálicas de utillaje.

—Y no me llames “hermano”, tengo un nombre —estrangula un grito tenso entre la negación y la duda que se remueven en su interior—, aunque tal vez lo hayas olvidado —le reprocha cada vez más inquieto.

Corroborando sus incertidumbres, un grupo de estudiantes lo saludan al pasar e incluso lo invitan a unas cervezas en un *pub* cercano con ocasión de un partido de fútbol, a lo que el aludido asiente con sonrisa triste y levanta el pulgar.

—Por supuesto —intenta de apaciguarlo de nuevo—. Después de todo, te lo mereces: gracias a ti hemos podido entrar hasta aquí y pronto nos espera el Yanna —le recuerda conciliador, convencidos ambos de que van a entrar en el paraíso, donde les esperan las vírgenes entre ríos de leche y miel.

“Nunca quise que fuera así” cavila momentáneamente el que se halla en lo alto de la escalera.

Siempre deseó que hubiera sido en Siria el lugar donde hacer la yihad, pero el imam, desde su cómoda casa en Marble Arch, le convenció pocos días atrás de que su misión de martirio estaba aquí, en Oxford, donde llevaba diez años ocupado en el mantenimiento del centro.

—Exacto —obvia el inglés y pasa a hablar el dialecto najdí, proveniente de una región de la que son ambos oriundos—, solo conmigo podríais haber entrado —prosigue cada vez más alterado.

De repente, cuatro siluetas armadas se recortan al contraluz de la puerta Meadow, cuyo arco ojival da acceso al edificio.

“Por fin están aquí. Este capullo ya me estaba tocando los cojones”, piensa aliviado el falso operario que sujeta la escalera.

Han franqueado los controles de acceso gracias al encargado de mantenimiento, apodado “El Chispas”, con su conocida furgoneta. Ya no visten los monos de trabajo grises con los que han entrado en el complejo para luego remolonear en el patio. Tampoco ahora portan herramientas. Ataviados con uniformes de combate negros, sujetan fusiles de asalto AK-47 de fabricación rusa, introducidos en el Reino Unido mucho antes de la entrada de los yihadistas, y que hasta la fecha escondía el imam en su mezquita londinense.

Tras establecer contacto visual y dar su aprobación al grupo armado, el individuo deja de sujetar la escalera e introduce las manos en una de las cajas de acero, de la que extrae dos granadas de fragmentación. Libera las espoletas, las lanza y ruedan por el encerado pasillo en dirección al fondo del edificio, entre decenas de personas que se encaminan hacia el Gran Salón.

Estudiantes y profesores no prestan excesiva atención a los mortíferos objetos que ruedan entre sus pies. Piensan por un instante que se trata de algún tipo de broma, dado lo festivo de la jornada. Por el contrario, todos los asaltantes se lanzan cuerpo a tierra ante el inminente estallido.

Los artefactos hacen explosión.

Fragmentos de acero incandescente se dispersan en un cono invertido hasta cerca de doscientos metros del origen de la deflagración.

“El Chispas”, a quien nadie le ha indicado cómo debía protegerse, acaba como un títere sangrante colgado de la escalera, que, obstinada, ha permanecido anclada contra la pared.

El hombre de gris se despoja del mono y deja al descubierto el mismo uniforme que visten los otros cuatro. Uno de ellos le tiende con el respeto debido una pistola TT-33 Tokarev, que el jefe del comando amartilla concienzudo.

Armas viejas todas ellas, pero seguras en su cometido como la determinación que anida en el pecho de los asesinos.

De súbito, la vida queda truncada por una vieja e iracunda imprecación con regusto acre a odio y polvo de desierto.

Avanzan por el pasillo ensangrentado entre una neblina gris-amarillenta, los gritos desgarradores de los heridos y el silencio de los muertos.

Al cruzarse con los que aún siguen vivos, sin distinción alguna, los rematan de un disparo certero en la cabeza.

Se toman su tiempo, no se apresuran, tienen un objetivo y esta vez no es únicamente asesinar para causar terror.

Hay algo más.

Superan la zona afectada y dejan a sus espaldas un reguero de cadáveres. Frente a ellos se arraciman decenas de personas que tratan de introducirse en el Gran Salón, escenario de las cenas de celebración de la exitosa saga llevada al cine *Harry Potter*.

Ahora, la magia de la novela no les puede salvar.

Extrañamente, los terroristas no usan la posibilidad de disparo en ráfaga que ofrecen sus fusiles de asalto. Han seleccionado en las armas automáticas la modalidad de tiro a tiro para reventar pechos, cabezas e incluso rodillas de las víctimas desarmadas que allí se agolpan.

Se trata de hacer tiempo mientras provocan el caos. Buscan algo o a alguien que aún no ha aparecido.

Un valiente bedel se abalanza sobre los terroristas. Empuña una pluma estilográfica, única arma de la que dispone, para hundírsela en el cuello a uno de los terroristas. Este se desangra entre borbotones. Los cuatro restantes, tras derribarlo de un disparo en el estómago, lo rematan

a golpes de culatazos en el suelo. Su rostro se convierte en una pulpa roja deforme.

De uno de los despachos aparece una mujer, vigilante de seguridad. Pistola en mano, no llega a apretar el gatillo por la lluvia de disparos que le revientan el pecho. Tras ella, un anciano sale al corredor principal.

—¡Basta ya! —grita con los ojos desorbitados por la desesperación que se le dibuja en la faz.

Los terroristas detienen la matanza atónitos por la sorpresa, ya que con serias dificultades entienden el impecable árabe clásico con el que el viejo hombrecillo les ha interpelado.

—¡Es a mí a quien buscáis! —clama con los brazos abiertos en cruz, mientras se sitúa entre los yihadistas y sus víctimas en un vano gesto de protección.

Uno de los integristas, sin entender una sola palabra, sonrío con suficiencia mientras alza la boca de fuego de su fusil para encañonar en dirección al abdomen del anciano, que se mantiene en la misma firme actitud.

El jefe de los milicianos tiende su mano izquierda y, sin perder de vista al hombrecillo, baja el cañón del arma de su subordinado hacia el suelo.

—Es él —confirma.



PRIMERA PARTE

EL PRIORATO DE ERILL

“—Allí donde no llegue la Palabra de Dios, llegará la espada”.

San DOMINGO DE GUZMÁN (Burgos, 1170 - Bolonia, 1221)

Fundador de la Orden de los Dominicos,
precursores de la Santa Inquisición

Año 1126, Huesca

El dormitorio estaba mal oreado.

Olía a la savia que burbujeaba hirviendo en el hogar, donde ardían leños demasiado frescos.

En la penumbra, la cimbreada luz de los candiles de aceite resaltaba el color púrpura del atuendo con el que se cubría, confundido por los rastros sanguinolentos que impregnaban el lecho en el que yacía el hombre: el obispo Raimundo de Roda-Barbastro.

Era consciente de que su final estaba cerca; como la mujer que le acompañaba y que no se había separado de él desde que llegara de Granada, ciudad adonde lo habían obligado a acudir bajo el pretexto de apoyar la reconquista de las tierras de al-Ándalus, en un mandato real ineludible que perseguía liberar la zona de infieles.

Siempre se había reconocido contrario, tenía el sólido convencimiento de que la violencia nunca debería ser el camino. Abogaba por la confraternización y la conversión pacífica a través de la evangelización.

El infernal periplo de acosos comenzó a partir de que reportara a sus superiores acerca de una visita pastoral realizada en la cordillera pirenaica. Informaba que allí, dentro de los dominios de su diócesis, existía un recóndito enclave, entre montañas, donde reinaban otros valores que habían hecho converger a gentes de distintas creencias en

una convivencia armónica: cristianos y moros, agnósticos e incluso gnósticos tachados de heréticos.

Un lugar para el encuentro y la convivencia al que llamaban *val Boinam*, el valle de los bovinos, que la lejanía había arrinconado en el olvido. Territorio de profundas raíces católicas, aunque insólitamente multicultural.

Arrumbó sus pensamientos en un intento vano por incorporarse. Jadeó desazonado por no conseguirlo.

La mujer, al darse cuenta, lo agarró en brazos para prestarle ayuda y alzarle el cuerpo hasta que pudiera apoyar la espalda en la cabecera.

El maullido solitario de un gato se hendió entre el silencio. La miró magnánimo, al poco, le musitó:

—Y en este momento tan trascendente, todo lo mundano pierde ya sentido... todo lo terreno se desvanece, todo se evapora entre el dolor que me acerca inevitablemente a un nuevo camino, luminoso, inmaculado, que se abre ante mí para conducirme hasta el Padre.

A ella, miembro de la Orden de Monjas Agustinas, se le oprimió el pecho hasta no poder reprimir por más tiempo las primeras lágrimas que se descolgaron desde unos ojos enrojecidos e hinchados por la emoción.

Acercó un candelabro hasta la mesilla y luego colocó un paño de agua fresca sobre la frente del obispo, ardiente por la fiebre, antes de responderle con falsedad piadosa:

—Todo irá bien, Excelencia.

Raimundo quiso esbozar una sonrisa, sin éxito.

—Mi muerte será el reflejo del odio que el rey exhuma y vomita sobre mí —confesó apenado—. No deja de ser curioso: en poco tiempo he pasado de contar con su beneplácito para mi obra, incluso de ser confesor real, a considerarme un adversario; no se lo reprocho.

—No diga eso —se sacó el crucifijo que le colgaba sobre la esclavina y tomó la mano del prelado. Notó como caricia el tacto del anillo que le era propio como obispo, sello distintivo de su dignidad. Dispuso sobre la palma la cruz y le cerró el puño—. Verá como pronto se repondrá.

—El monarca me tiene entre ceja y ceja desde que consagré las iglesias de *val Boinam* —inició lúgubre la digresión—, en unas fechas que quedaron marcadas con marfil en mi calendario y con acerbo rencor en el suyo. Ahora todo dará fin aquí, postrado y arruinado.

—Nada acabará —quiso animarlo ella.

—En el pensamiento del rey solo hay espacio para la batalla. Todo ha sidouna vorágine de conflictos jurisdiccionales, con mi sede episcopal siempre en su punto de mira, hasta que me despojara de ella y me requisara todos mis bienes.

—El rey Alfonso lucha en pro de la expansión y de la unidad del reino —refutó la hermana.

—No crea —los labios del obispo se arquearon—, sus motivos son oscuros como la noche. Pretende dominar la tierra baja, la cordillera e incluso más allá, buena parte del reino franco; desea que las cimas pirenaicas se alcen en el centro de su territorio, consciente de que las montañas protegen. Jamás ha atendido mis consejos.

—¿Qué consejos? —quiso saber la hermana.

—Preservar los Pirineos de sus afanes y de la belicoidad. Acoge el santuario, es refugio de almas y simiente de la regeneración. ¡Es la morada de san Lorenzo! —clamó y se interrumpió para tomar el oxígeno que le faltaba—. Nuestro monarca lucha solo para satisfacer a las órdenes militares, al margen del pueblo e incluso de la nobleza. A buen seguro, eso conlleva discordia y la división de los condados.

—Solo ansía liberarnos de los enemigos de nuestra fe.

—¿Enemigos? No os engañéis, hermana; todos amamos a un mismo Dios. Mientras, la única fe del rey es la espada

que desenvaina con crueldad. No satisfecho con haberme desposeído de todas mis pertenencias, me obligó a asistir a la campaña sureña solo para disfrazar la ejecución que había planeado contra mi persona.

—Únicamente enfermó, Eminencia, pronto se repondrá.

—Tampoco eso es cierto: ni lo uno, ni lo otro; no enfermé ni me repondré, ¡me envenenaron! —lanzó un conato de grito que quedó en gimoteo—. Ni mucho menos ha atendido la promesa de restablecer a mi vuelta de al-Ándalus, el patrimonio que me fue expoliado. Desea mi muerte. Es despiadado.

—No diga eso...

—Lo he visto con mis propios ojos, cómo sus tropas saquean cosechas, queman pueblos enteros, violan mujeres y niñas, se hacen con botines para engrosar sus riquezas... “El Batallador”, le llaman —finalizó irónico.

La hermana lo arrojó con las sábanas.

—Intente descansar, Excelencia, no es momento para preocuparse. El obispo desvió la mirada.

La habitación era de decoración parca. Junto al catre, solo una mesilla con dos sillas acolchadas, una de ellas ocupada por la monja. Las paredes habían sido erigidas con piedra encalada. En la de enfrente destacaba un ventanal amplio con las cortinas corridas; en la del costado de levante, el hogar donde varios troncos chisporroteaban; en la del lado opuesto, una efigie elaborada en madera policromada que representaba san Juan evangelista.

—Y ahora, al sentirme morir —prosiguió sombrío—, de forma inesperada, un vertiginoso mar de dudas me asalta y, sin apenas fuerzas, me veo incapaz de enfrentarme al inevitable traspaso.

—Quisiera poder ayudarle —con la manga del hábito la monja secó lágrimas y mocos de su súbito y desencallado sollozo.

—Os convido a que marquéis en piedra blanca el día de hoy.

—No os comprendo.

El obispo se tomó unos instantes para encontrar las palabras adecuadas.

—Recordad que vos y yo tenemos pacto de hermanamiento; lo juramos sobre el pan y el vino —bajo un gesto mudo de humildad, ella asintió—. Otorgadme el *consolamentum*. Luego me someteré a la *endura*. Solo así me sentiré preparado para cuando llegue el trascendental momento de unirme a Dios.

La hermana titubeó temblorosa. Miró primero hacia la puerta. Seguían solos. Luego se levantó para cerrarla y, con un gesto parco, afirmó al fin.

Cogió una tela y la remojó en el perol de agua que había sobre una mesilla. Bajó la cabeza y recitó una plegaria. A continuación, tomó las manos del obispo y las limpió con el paño, a la vez que exorcizaba con una secuencia de votos cátaros a los que el obispo respondía afirmativamente.

—Gracias —dijo emocionado al finalizar el rito. Ya no manejo el devenir de mi vida, pero vos sí, hermana.

—¿Qué intentáis decirme? —indagó entre un nuevo e incipiente lloro.

—En mis plegarias siempre estáis vos: le pido al Señor que os dé fortaleza para aceptar las cosas cuyo destino no está en vuestras manos, pero, a la vez, que os procure valor e inteligencia para cambiar aquellas que sí dependen de vos —ella lo observó confusa—, y le imploro, además, que os otorgue sabiduría para discernir entre ambas.

—Sigo sin entenderle, Excelencia.

—Debéis finalizar el código que comenzamos juntos, protegerlo y esconderlo. Sé que es un pesado equipaje para vuestro camino, pero es necesario materializar el Sagrado Juramento. Os lo ruego, no puede quedar inacabado. Las futuras generaciones deben saber sobre nuestra Verdad.

Este será para siempre nuestro secreto. Solo a vos puedo encomendároslo; solo vos sabéis cómo hacerlo, solo en vos confío —la hermana aceptó compungida—. Otra cosa más: desearía morir en mi cama; quiero que me llevéis a Roda. Antes de mi último hálito necesito reconstruirme en la lejanía, entre la quietud, la calma y vuestro auxilio amigo. Os lo suplico.

—Eso no es posible, Excelencia Reverendísima. El viaje es largo y difícil, no está en condiciones de...

—Pero cuento con vos —enarcó los labios sin dejarla finalizar— y eso es lo único que necesito para superar el trayecto. No hay nada más poderoso que vuestro apoyo callado e incondicional, entre el remolino de incertidumbres que me atenaza.

Sonaron dos golpes en la puerta. Se entreabrió y apareció la figura de un joven ataviado con el característico hábito canónico, estola alrededor del cuello y roquete de lino.

—¿Quién es el Rey de la Gloria? —dijo a modo de saludo.

—El Señor Todopoderoso—respondió el obispo Raimundo con un frágil tono de voz y los ojos hundidos en una piel apergaminada que había tomado una tonalidad ambarina.

El recién llegado, altivo y cauto, moduló una risita y levantó la palma de la mano. Con discreción, la monja salió sumisa de la cámara para cederles espacio en privado.

—¿Cómo se encuentra hoy, Excelencia? —preguntó al adentrarse y permanecer en pie junto al catre.

—Peor. Sé que está próxima mi última etapa en este mundo, apenas puedo respirar. Tomad asiento —le invitó—. Ya lo veis, toda una vida sacrificada en la reforma pastoral de mi diócesis y con este precio me han pagado.

El joven hizo ademán de querer hablar.

—¡Chitón! —le interrumpió el obispo—. Sé lo que vais a decir y no puedo estar de acuerdo.

—Excelencia, no es lo que le parece...

—No os los creáis —le interrumpió con carácter—. Tanto el rey como los obispos de Huesca y Urgell sienten una profunda aversión por mí.

—Conoce de sobras las razones.

—Sí, lo sé.

—No gustaron sus acuerdos unilaterales con el señorío de Erill. La consagración de las iglesias empeoró las cosas; ese acto fue un sacrilegio, cuando menos rebeldía, en un intento por usurpar los templos pirenaicos y aliarse con la nobleza —refutó el joven.

—Hasta entonces nadie se había preocupado de esas gentes, de sus pueblos y de tan maravillosas ermitas, dejadas a su suerte por la lejanía y la dispersión. Gracias a mi intervención convertí el Monasterio de Lavaix bajo la regla canónica agustiniana y se reorganizó la administración de los templos, desde donde se lleva a cabo una gran labor misionera.

—Claro, y fue a partir de entonces que se constató sus vínculos con quienes profesaban prácticas heréticas —osó decir.

—¡No digáis necedades! Nada de herético. Fue precisamente por el olvido secular que Roma dispensó a ese remoto lugar que a lo largo del tiempo se instauraron entre la población ciertas interpretaciones distintas; diría que incluso mejores, en ciertos aspectos, pues sus prácticas se hallan cercanas a los más necesitados.

—Nido de apóstatas.

—En absoluto. Hombres y mujeres como el resto en sus carnes y huesos, pero en sus actos son los únicos que persiguen la justicia y la verdad que nos enseñaron los Santos Apóstoles. No mienten, y estoy plenamente convencido de que con su fe consiguen mejor la salvación eterna —al acabar la frase tosió repetidamente. El pañuelo que puso ante su boca quedó manchado de sangre.

—¿De veras creéis tal blasfemia? —No contestó—. Ahí conviven religiones irreconciliables y se ejerce la brujería. Pero esto ya no debe turbaros. Lo principal es que os recuperéis.

—Más sandeces... —intentó en vano negar con la cabeza.

—Excelencia: se sabe de sortilegios, magia, hechicería. Algunas de sus iglesias muestran pinturas profanas y cruces extrañas. Como la de Saraís, donde la brujería campó a sus anchas hasta la caída de su raquítico castillo —le dijo dándole la espalda.

—Ahí no fue solo el castillo. La soldadesca se extralimitó, como es habitual: se quemó el pueblo y se ejecutó vilmente a sus vecinos.

El joven sacerdote se dio la vuelta y lo escudriñó con las pupilas dilatadas, como un felino antes de abalanzarse sobre su presa.

—Por eso luego pusisteis vuestra atención en Taüll. ¿No es así? —El obispo frunció el ceño desconcertado.

—Me sorprendéis. ¿Tal vez me achacáis algo que desconozco? —sostuvo bizarro mientras el otro esbozaba un rictus torcido.

—El rey Alfonso no va a permitir ningún reducto que se aparte de la uniformidad de su reino.

—La farsa sobre la homogeneidad.

—Excelencia, no voy a discutir con vos. Debéis saber que, dado vuestro estado, se me ha encomendado el gobierno de las iglesias del Pirineo, incluidas por supuesto, las del valle de Boí. Comunicároslo es por lo que me hallo aquí —el obispo resopló tan dolorido como descorazonado por lo que oía—. Voy a reparar vuestros estropicios. Recorreré el esperanzador camino que se ilumina ante mí con la sacrosanta luz del dictado de los concilios ecuménicos en torno a la lucha contra la herejía.

—¡Dios mío! —clamó entre espasmos—. Deberíais dedicaros a la gente con el verbo, en lugar de venderos por dinero y conquistar con las armas.

—¡Poesía!

—La poesía es solo un trampolín para que cada uno construya su propio poema. ¿Cuál es el vuestro?

—¿En realidad queréis saberlo?: lo que vos consideráis esencial en esta vida, a mí me resulta totalmente invisible. Luchamos junto a Dios y contra la herejía.

—Confundís a Dios y consideráis herejía cualquier otra manera de pensar o de ver al mismo Cristo, que es de todos —tosió de nuevo.

El joven vaciló. Luego observó a su alrededor. La puerta había quedado entreabierta. De un brinco se lanzó a cerrarla a cal y canto. Un pensamiento lúgubre recorrió su mente y se mordió el labio superior al observar, junto a la mesilla, un cojín sobre cada una de las sillas. Se hizo con uno y se aproximó al obispo.

Sopló sobre la vela chorreante de cera que ardía junto a la cama que, tras una fugaz intermitencia, dejó de prender.

La humarada bienoliente de mecha apagada invadió la estancia.

De súbito sus rostros se enrojecieron con la parca luz que se filtraba desde el hogar y que alargaba la sombra del maligno clérigo.

—Sé que jamás podré estar a vuestra altura —afirmó con sarcasmo gélido—. Los tiempos cambian con premura; nos hallamos a las puertas de una nueva era, más próspera. En este nuevo escenario, su Excelencia ya no tiene lugar —pronunció con ojos desbocados, a la vez que le arrancaba de un tirón el collar que llevaba engarzada una cruz de ocho puntas.

El obispo, lastimado por esa primera acometida, se vio preso de la dama de la guadaña. Atónito porque le arribara de manos de aquel muchacho que en el pasado fue su pupilo y en quien un día depositó su confianza.

Lo escrutó con gallardía y una mirada firme que se desvaneció cuando el otro le aplastó la almohada contra la faz.

—Por la espada que no quiso empuñar contra los sacrílegos, aquí está mi brazo para hacer justicia. Dios me perdone.

El obispo Raimundo, falto de energía, no pudo defenderse.

Nota de los autores:

Este es un libro de ficción

Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia

Al final, el lector dispone de una útil guía de personajes

© del texto: Jordi Badia Pérez y Luisjo Gómez Álvarez, 2023

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S. L., 2023

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19884-49-7

DL: L 389-2023

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.